

EL ESENCIALISMO Y EL PROBLEMA DEL CAMBIO

SILVIO MOTA PINTO

Universidad Autónoma Metropolitana
(Ciudad de México)

RESUMEN: Este artículo discute el problema de la permanencia y del cambio. Empieza considerando al esencialismo frente al anti-esencialismo contemporáneo, en un segundo momento, la noción de existencia y, en seguida, las de identidad y cambio. Finalmente, se apela a la naturaleza de la predicación para mostrar que, contra el esencialista, la concepción del cambio de su contrincante sí logra resolver el problema de la unidad semántica de la proposición.

PALABRAS CLAVE: esencialismo; cambio; identidad; predicación; unidad de la proposición.

Essentialism and the problem of change

ABSTRACT: This paper discusses the problem of permanence and change. It starts presenting contemporary essentialism as opposed to anti-essentialism and then the notions of existence, identity and change. Finally, it appeals to the nature of predication in order to show that, against the essentialist, the conception of change of his opponent succeeds in solving the problem of the semantic unity of the proposition.

KEY WORDS: Essentialism; Change; Identity; Predication; Unity of proposition.

INTRODUCCIÓN

La identidad y el cambio de manzanas, ríos y personas parece paradójica. Se atribuye a Heráclito el dicho de que no es posible bañarse dos veces en el mismo río, pues en la segunda ocasión ya sería otro río. Parménides, a su vez, sostenía que el flujo continuo es mera apariencia, pues el verdadero ser no puede no serlo. Frente a opiniones tan extremas, ha prevalecido la tesis de que es posible identificar y re-identificar personas, árboles y mesas pese a que con el pasar del tiempo sufren modificaciones. Pero ¿será posible conciliar permanencia y cambio?

Aristóteles divisó una manera de eliminar la paradoja de la identidad y evitar las tesis de Parménides y Heráclito al afirmar la inseparabilidad entre particulares cotidianos y sus géneros y especies¹. Así, cualquier cambio en una substancia particular se explica en términos de modificaciones temporales en sus predicaciones accidentales: Sócrates antes estaba sentado y después ya no.

El empirismo moderno se caracterizó por el rechazo al esencialismo aristotélico. Locke, por ejemplo, consideró más fructífero apelar a la distinción entre ideas generales clasificadoras y las que no lo son: reconocemos las cosas cotidianas utilizando conceptos clasificadores, a los cuales asociamos una serie de criterios de

¹ Esto aparece, por ejemplo, en el capítulo 5 de las *Categorías* (ARISTÓTELES, 1982: 2a11-4b19) y en capítulo 6 del libro VII de la *Metafísica* (ARISTÓTELES, 1924: 1031b19-21).

identidad, a los que denominó «esencia nominal»². Así, el cambio socrático no requiere esencias aristotélicas (géneros y especies), apenas particulares, conceptos clasificadores y sus esencias nominales.

En este artículo, me interesa el debate contemporáneo entre esencialismo y anti-esencialismo respecto al cambio, en particular el que protagonizan Kripke y Quine-Davidson. Quiero mostrar que la cuestión de fondo tiene que ver con diferentes concepciones sobre la existencia, la identidad y la predicación. Sin embargo, argumento que una vez explicitadas estas concepciones, se revela que, a diferencia del esencialismo de Kripke, el descriptivismo de Quine y Davidson sí logra eliminar la paradoja de la unidad y multiplicidad de la proposición.

1. ESENCIALISMO Y ANTI-ESENCIALISMO CONTEMPORÁNEOS

En dos pasajes conocidos del *Naming and Necessity*, Kripke³ hace explícita la conexión entre la doctrina esencialista y el problema de la identidad a través de los mundos:

Se supone que la cuestión de las llamadas propiedades esenciales es equivalente (y es equivalente) a la cuestión de la «identidad a través de los mundos posibles». Supongamos que tenemos a alguien, Nixon, y hay otro mundo posible en el que no hay nadie que tenga todas las propiedades que Nixon tiene en el mundo real. ¿Cuál de esas otras personas es Nixon, si es que hay alguna que lo sea? Ciertamente tienes que dar aquí un criterio de identidad. Si tienes un criterio de identidad, entonces simplemente miras en los otros mundos posibles al hombre que es Nixon, y la cuestión de si en ese otro mundo posible Nixon tiene ciertas propiedades está bien definida. Se supone que también está bien definido, en términos de tales nociones, si es verdadero en todo mundo posible, o si hay algunos mundos posibles en los cuales Nixon no ganó las elecciones. (Kripke, 2005: 45-46)

Necesitamos la noción de «identidad a través de los mundos posibles», como se la suele llamar generalmente—y, creo yo, de manera que da lugar a confusiones—para explicar una distinción que quiero hacer ahora. ¿Qué diferencia hay entre preguntar si es necesario que 9 es mayor que 7 y preguntar si es necesario que el número de planetas es mayor que 7? ¿Por qué una pregunta muestra algo más acerca de la esencia que la otra? La respuesta a esto podría ser, intuitivamente: «Bueno, miren, el número de planetas podría haber sido diferente del número que de hecho es. En cambio, no tiene ningún sentido decir que el nueve podría haber sido diferente de lo que de hecho es». Usemos algunos términos de manera cuasi técnica. Llamemos a algo un *designador rígido* si en todo mundo posible designa el mismo objeto; llamémosle un *designador no rígido* o *accidental* si no es el caso. Por supuesto, no exigimos que los objetos existan en todos los mundos posibles. (Kripke, 2005: 50-51)

² Locke discute las nociones de esencia y substancia en los capítulos XXIII del libro 2 y III y VI del libro 3 del *Ensayo* (LOCKE, 1690).

³ Elijo a Kripke para presentar el esencialismo contemporáneo por su gran influencia sobre la tradición anglosajona de la segunda mitad del siglo XX y, además, por su cercanía con la tradición interpretativa de Quine y Davidson que presento a continuación.

En las citas, se afirma que la distinción entre predicados esenciales y accidentales así como la distinción entre designadores esenciales⁴ y accidentales es indispensable para explicar el tipo de cambio que podría sufrir un objeto al transitar de una situación contrafáctica a otra. Nixon es humano y esta propiedad se requiere para responder a la pregunta ¿quién es?, pero no la de ser el dueño del perro llamado Checkers o haber ganado la elección presidencial estadounidense del 68. Así también, designadores esenciales como «Nixon» pero no designadores accidentales como «el ganador de la elección presidencial estadounidense del 68» estarían íntimamente relacionados con la posibilidad de dar cuenta de su identidad.

Según Kripke, no debemos confundir la identidad de objetos particulares con su identificación cotidiana. Normalmente identificamos a Nixon como el presidente estadounidense que renunció después del Watergate y el que ganó la elección presidencial americana del 68 pero ninguna de estas descripciones aisladas o en conjunto contesta a la pregunta ¿Quién es Nixon? Sin embargo, si lo tuviéramos enfrente y lo señaláramos afirmando ser este individuo que pertenece a la especie humana, ahí sí estaría perfectamente identificado. Algo muy semejante vale para las clases naturales: en la vida práctica identificamos al agua utilizando conceptos como *líquido*, *transparente*, *insípido*, *incoloro*, etc., pese a que no determinan de manera definitiva la identidad del agua; la que sí la determina es su composición química (H₂O).

Ahora bien, la distinción de Kripke entre identidad genuina e identificación conceptual se expresa en términos de dos tipos de operadores modales: *de re* (o modalidades metafísicas) y *de dicto* (o modalidades epistémicas)⁵. Cuando se trata de la relación de identidad entre particulares o clases naturales, de la relación de pertenencia entre un particular y su género o especie o más bien de la relación de subordinación entre especie y género, operan modalidades *de re*: por ejemplo, Nixon es necesariamente humano y los humanos son necesariamente animales. Ya los enunciados de identificación ordinaria como «agua es transparente, insípida e incolora» y «calor es un fenómeno natural que causa determinadas sensaciones de táctiles en los seres humanos» son considerados conceptualmente necesarios. Kripke distingue las modalidades *de re* de las *de dicto*, utilizando la terminología «necesario»/«contingente» para las primeras y «a priori»/«a posteriori» para las segundas. La aprioricidad de enunciados como los de identificación cotidiana antes mencionados se debe a relaciones de sinonimia⁶, mientras que las modalidades *de*

⁴ Más conocidos como designadores rígidos. Los designadores accidentales de objetos, como la mayoría de las descripciones definidas, son mejor conocidos como designadores no-rígidos. La distinción tiene que ver con las propiedades genuinamente identificadoras de objetos. Para una exposición detallada de la distinción de Kripke, véase las secciones 3.2-3.6 del cap. 3 de *Esbozo de la filosofía de Kripke* (PÉREZ-OTERO, 2006) y también el cap. 2 de *Beyond Rigidity* (SOAMES, 2002).

⁵ Esta distinción entre dos tipos de modalidades marcaría una diferencia entre aspectos de la estructura profunda de la realidad y aspectos de nuestra representación conceptual de la misma. Según el esencialista, su contrincante anti-esencialista confunde los dos aspectos al suponer erróneamente que la identidad de objetos no se puede separar de su identificación lingüístico-conceptual. Esto se discute en el primer capítulo del *Esbozo de la filosofía de Kripke* (PÉREZ-OTERO, 2006). Más adelante en la sección 4, exponemos nuestra perspectiva sobre el trasfondo de la disputa.

⁶ Relaciones entre un concepto de clase natural y su respectiva esencia nominal, para usar la terminología de Locke (LOCKE, 1690: libro III, cap. III, §§ 13-18; cap. VI, §§ 7-9, 27).

re reflejan relaciones entre particulares y sus clases naturales al nivel de la estructura profunda de la realidad.

Como ya lo dijimos, la necesidad *de re* se hace manifiesta en enunciados de identidad como (1) y (2):

- (1) Marilyn Monroe es Norma Jeane.
- (2) Agua es H₂O.

donde «Marilyn Monroe», «Norma Jeane», «agua» y «H₂O» son nombres propios, en el sentido técnico de Kripke⁷, de individuos y clases naturales. En estos casos, el esencialista diría que la auto-identidad es una propiedad necesaria de individuos y clases. También se expresa en enunciados como:

- (3) Nixon es humano.
- (4) Esto es agua.
- (5) Aquello es relámpago.

Digamos que (3), (4) y (5) se usan para ubicar a determinado individuo en el espacio ontológico fundamental. La distinción que muchos antiesencialistas se han esforzado en trazar entre la forma de enunciados de identidad como (1)-(2) y enunciados de predicación como (3)-(5) prácticamente se desvanece si tomamos en serio la tesis de Kripke de que la auto-identidad es una propiedad necesaria de cualquier individuo o clase. Así también el enunciado:

- (6) todo individuo es necesariamente idéntico a sí mismo⁸.

tendría la forma de una predicación de la auto-identidad a cualquier individuo. Regresaremos a la interpretación esencialista de la identidad en la última sección. Por el momento, nos quedamos con la idea de que la paradoja de la identidad y del cambio se resuelve en la semántica de Kripke apelando a individuos identificados por sus propiedades esenciales; estos individuos pueden adquirir o perder propiedades accidentales de una situación a otra o de un momento a otro.

A diferencia del marco modal propuesto por Kripke para proyectar la idea del cambio, Quine considera más apropiado un manual de traducción, en términos del cual un observador de los hablantes de un idioma desconocido podría identificar objetos y detectar sus cambios. La estrategia⁹ es elaborar una teoría sistemática de los significados de los hablantes extranjeros entendida como un entramado de hipótesis de traducción de palabras y enunciados. Estas hipótesis deben estar óptimamente corroboradas por evidencia que toma la forma de actitudes hacia la verdad (aceptación) y la falsedad (rechazo) de oraciones nativas en situaciones concretas.

El traductor comienza a construir el manual intentando identificar la estructura lógica del lenguaje desconocido: para eso requiere identificar las oraciones siempre tomadas como verdaderas o siempre tomadas como falsas por sus hablantes (las oraciones eternas) y suponer que sus leyes lógicas son más o menos como las nuestras. Esto le permitirá identificar el vocabulario lógico. El siguiente paso será identificar

⁷ Como ya se dijo: designadores rígidos.

⁸ Traducido a un lenguaje de fórmulas con identidad, cuantificadores y operadores modales: « $(\forall x)\Box(x = x)$ » (KRIPKE, 1971: 4).

⁹ La describe Quine con mucho más detalle en el cap. 2 de *Word and Object* (QUINE, 1960).

las oraciones ocasionales menos complejas, aquellas cuya aceptación o rechazo depende de modificaciones en el entorno inmediato de los nativos. A partir de ahí, podrá traducir muchos de los predicados observacionales del idioma extranjero. Identificados los significados de estos predicados y la estructura lógica, estará en condiciones de traducir sus términos y enunciados más teóricos al relacionar sus condiciones de aceptación y rechazo de manera inductiva y deductiva con las condiciones de verdad y falsedad de oraciones observacionales semánticamente emparentadas.

Pese a todo este procedimiento de determinación, los significados del idioma desconocido siempre estarán sujetos a lo que Quine denominó «la indeterminación de la traducción»: la totalidad de la evidencia en términos de aceptaciones y rechazos a oraciones en situaciones concretas no determinan un único manual de traducción¹⁰. Para ilustrar esta tesis, pensemos en dos manuales (MT y MT') bien corroborados, cada uno de los cuales traduce la oración extranjera «e₁» de una manera distinta:

- (MT_{e₁}) «e₁» significa lo mismo que «hay conejo aquí»
 (MT'_{e₁}) «e₁» significa lo mismo que «hay una suma de partes propias de conejo aquí»

Imaginemos que otra oración extranjera «e₃» también obtiene traducciones distintas:

- (MT_{e₃}) «e₃» significa lo mismo que «este conejo es el mismo que aquél conejo»
 (MT'_{e₃}) «e₃» significa lo mismo que «esta es una parte de la misma suma de partes propias de conejo de la que es aquella»

Nuestro traductor conoce el conjunto de situaciones que provocan su aceptación o rechazo; no obstante, no puede decidir entre MT y MT'¹¹. Según Quine, los constreñimientos de racionalidad inherentes al método de traducción radical¹² no eliminan completamente la indeterminación.

¹⁰ Discusiones más detalladas de la tesis quineana se encuentran en *Las palabras, las ideas y las cosas* (GARCÍA-CARPINTERO, 1996: cap. XII) y *Philosophical Analysis in the Twentieth Century: The Age of Meaning* (SOAMES, 2003: cap. 10). Quine discute la indeterminación de la traducción en el segundo capítulo de (QUINE, 1960); en el § 45, cap. 6 del libro afirma que este tipo de indeterminación equivale a la tesis de Brentano sobre la irreducibilidad de lo mental a lo físico. Tanto la indeterminación de Quine como la irreducibilidad de Brentano se deben a la intencionalidad de los fenómenos mentales.

¹¹ El ejemplo ilustra mejor la indeterminación denominada «inescrutabilidad de la referencia» (QUINE, 1960: § 12), según la cual manuales distintos (MT, MT', etc.) igualmente corroborados podrían diferir respecto a la extensión de los términos nativos («conejo», «parte propia de conejo», etc.). Esto significa que la evidencia asociada con la noción quineana de significado estimulativo (QUINE, 1960: § 8) no permite determinar unívocamente el aparato referencial del idioma extranjero. Esto es lo que llevó Quine a postular la tesis de la relatividad ontológica en (QUINE, 1968b).

¹² Por ejemplo, el principio racional que obliga al constructor de manuales a imponer leyes lógicas como la no-contradicción y el tercer excluido al idioma desconocido. Tales constreñimientos de racionalidad Quine denomina colectivamente «principio de caridad» (QUINE, 1960: § 13); la caridad también la utiliza el traductor al suponer que en la mayoría de los casos las creencias del hablante extranjero sobre el mundo coinciden con las del traductor, de manera a poder usar sus actitudes de aceptación y rechazo a oraciones en situaciones concretas como base para inferir sus significados (QUINE, 1960: §§ 13, 45).

Ahora bien, si tomamos en serio su sugerencia de que la indeterminación de la traducción equivale a la tesis de la irreducibilidad de lo mental a lo físico y que el procedimiento de construcción del manual de traducción está guiado por principios de racionalidad y coherencia, no nos debería preocupar tal indeterminación. Esto porque todo lo relevante para el conocimiento de los significados extranjeros está determinado por el método de traducción radical, esto es: la construcción de un sistema coherente de significados que permita la comunicación estable entre el explorador y los nativos. La indeterminación expresa la idea de que otros sistemas coherentes de significados compatibles con toda la evidencia desempeñarían igualmente bien esta función comunicativa.

Siguiendo una estrategia parecida, Davidson propuso a partir de finales de los 60s (Davidson, 1967, 1970, 1973a, 1973b, 1974) la tesis de que estructuras más adecuadas para tratar el sistema de significados de un lenguaje desconocido son las semánticas tarskianas de condiciones de verdad. Una ventaja de semánticas de este tipo sobre los manuales de traducción es que sí logran explicar mejor la composicionalidad del significado lingüístico, esto es: el hecho de que nuestra comprensión de oraciones la inferimos a partir de la comprensión de sus expresiones significativas y de su forma lógica. Según Davidson, una segunda ventaja de las semánticas de tipo tarskiano es que pueden ser usadas para interpretar un lenguaje extranjero, esto es: re-describir sus preferencias de enunciados de tal manera a explicitar de manera sistemática su significado y el de sus constituyentes semánticamente relevantes.

Para ilustrarlo, tomemos los enunciados « e_1 » y « e_5 » del idioma extranjero (I_E) que, de acuerdo a MT se traduce como «hay conejo aquí» y «esto es conejo». Digamos que una estructura tarskiana interpretativa para I_E logró identificar en « e_1 » cierta concatenación de términos que equivalen en español respectivamente al cuantificador existencial, al predicado «conejo» y al deíctico «aquí» del español; supongamos que logró algo parecido para « e_5 », de tal manera que arroja las siguientes condiciones de verdad:

- (V_{e_1})¹³ « e_1 » es verdadera en I_E cuando proferida por el hablante x en t si y solo si hay conejo en el lugar donde se encuentra x en el momento t .
- (V_{e_5}) « e_5 » es verdadera en I_E cuando proferida por x en t si y solo si el objeto señalado por x en t es un conejo.

Conocer el significado de cada uno de estos términos equivale a conocer su contribución sistemática para la verdad o falsedad de los enunciados en que ocurren. En el caso del cuantificador existencial, por ejemplo, se trata del término que se aplica a predicados de individuos (por ejemplo, el predicado «conejo») para producir un enunciado verdadero si y solo si la extensión del predicado en cuestión no es vacía.

Así como la empresa de traducción radical, también la estrategia interpretativa davidsoniana da margen a alguna indeterminación del significado y de la referencia sobre la base de la evidencia entendida como actitudes de tomar oraciones como

¹³ El teorema de verdad que una semántica tarskiana interpretativa para I_E permite inferir de los axiomas semánticos asociados con los constituyentes significativos de « e_1 ».

verdaderas o tomarlas como falsas¹⁴. Al igual que Quine, Davidson piensa que este tipo de indeterminación sería problemática solo si concibiéramos los significados como objetos completamente determinados en la mente de los hablantes, una vez que la evidencia externa nunca sería suficiente para ubicar con precisión estas cosas internas.

Si, por otro lado, pasamos a ver el significado desde la perspectiva de teorías tarskianas interpretativas para un idioma, este tipo de indeterminación ya no es problemática. Esto porque distintos sistemas de significados (distintos idiomas) son como las diferentes escalas numéricas que utilizamos para medir temperatura, longitud y tiempo. Así como empleamos escalas numéricas distintas para determinar relaciones entre temperaturas, también usamos escalas lingüísticas diversas para medir relaciones sistemáticas entre los contenidos semánticos de palabras y enunciados¹⁵. Además, la comunicación lingüística es la que requiere la conversión entre las escalas lingüísticas de hablante y oyente respecto al mundo compartido por ambos; dos personas simplemente no se podrían entender si el mundo de que hablan sus respectivos idiomas no coincidiera. Esta especie de triangulación entre el idioma del hablante, el del oyente y el mundo compartido es el verdadero fundamento de la objetividad del significado¹⁶.

Ahora bien, ¿una semántica tarskiana interpretativa tal y como la imagina Davidson ofrecería una solución más satisfactoria al problema del cambio que la semántica esencialista propuesta por Kripke? Examinemos antes la cuestión del significado de la existencia y del cambio.

2. EXISTENCIA Y CAMBIO

En un artículo de finales de los 40s (Quine, 1948), Quine propuso un criterio de compromiso ontológico entre cuyas ventajas estaría la eliminación de la paradoja del no-ser y la solución del problema de los universales. Esta concepción sobre la existencia surge en el contexto de la discusión con Carnap sobre la ontología y bajo la influencia del método semántico descubierto por Tarski.

Desde finales de los 20s, Carnap y los primeros empiristas lógicos habían afirmado que la cuestión ontológica se puede interpretar de dos maneras: como una cuestión interna al marco de una teoría empírica o bien como una cuestión externa a cualquier marco teórico, la cual, por estar completamente desvinculada de cualquier método de investigación, carece de sentido¹⁷. Según Carnap en «Empiricism,

¹⁴ Davidson discute más a fondo la indeterminación del significado y de la referencia en un texto posterior (DAVIDSON, 1979) en el que rechaza la tesis quineana de la relatividad ontológica (QUINE, 1968b). El tema del relativismo conceptual en Quine rebasa los límites de la presente discusión.

¹⁵ La analogía entre distintos idiomas y diferentes escalas de medición aparece en diversos pasajes de la obra de Davidson: por ejemplo, en (DAVIDSON, 1989, 1997).

¹⁶ La triangulación como lo que explica la objetividad del significado aparece, por ejemplo, en (DAVIDSON, 1982, 1986a, 1992, 1999).

¹⁷ Carnap propone esta distinción entre cuestiones internas y externas, en particular, en un ensayo denominado «Scheinprobleme in der Philosophie» (CARNAP, 1928).

Semantics and Ontology», (Carnap, 1950: sección 3) la pregunta ontológica interna se contesta a partir de la regimentación del marco lingüístico de una buena teoría científica al examinar en sus enunciados cuantificados los tipos de variables ligadas (variables para números, objetos, propiedades de objetos, proposiciones, etc.); esto permite conocer las categorías de entidades con las que nos comprometemos al aplicar tal teoría al mundo.

En la semántica tarskiana¹⁸, el concepto de verdad se relaciona con el de existencia de la siguiente manera: el cuantificador existencial contribuye para las condiciones de verdad de un enunciado en la medida que al aplicarse a una función proposicional torna el enunciado verdadero si al menos un objeto de los que constituyen el rango de valores de su variable satisface a la función¹⁹. En el método de Tarski, además de las variables individuales también las constantes para individuos nos comprometen ontológicamente cuando aparecen en enunciados verdaderos. La verdad en el sentido tarskiano no se explica en términos de una correspondencia entre un enunciado y un hecho o estado de cosas, sino en términos de la satisfacción de predicados por secuencias de objetos (Tarski, 1956: sección 3).

En «Existence and Quantification», Quine describe el criterio ontológico tarskiano de manera más explícita en el siguiente pasaje:

Una expresión a puede ocurrir en una teoría, según hemos visto, con o sin el propósito de nombrar un objeto. Lo que decide la cuestión es la cuantificación « $(\exists x)(x = a)$ ». Es el cuantificador existencial, no el a mismo, el que conlleva el importe existencial. Tal es justamente, por supuesto, el objetivo de la cuantificación existencial. Es una versión lógicamente regimentada de la expresión «hay». La variable ligada x recorre el universo, y la cuantificación existencial dice que al menos uno de los objetos del universo satisface la condición fijada—en este caso la condición de ser el objeto a —. Para mostrar que un objeto dado es requerido por una teoría, lo que hemos de mostrar es ni más ni menos que para la verdad de la teoría se requiere que este objeto esté entre los valores que constituyen el rango de las variables ligadas²⁰. (Quine, 1986: 124-125)

Supongamos para ilustrarlo que una semántica correcta en español para un idioma desconocido asigna al enunciado « e_1 » condiciones de verdad equivalentes a las del enunciado «hay conejo aquí». Si el intérprete está en una situación en la cual puede afirmar que el nativo dijo algo verdadero al proferir « e_1 » y además sabe que tiene esta condición de verdad, entonces también puede afirmar que hay un conejo en la cercanía del hablante.

¹⁸ Publicada originalmente en los años 30s y traducida al inglés en los 50s (TARSKI, 1956).

¹⁹ Hace falta aclarar que la conexión estrecha entre verdad y existencia requiere la interpretación objetual del cuantificador existencial así como la concepción semántica del predicado «es verdadero». La interpretación objetual del cuantificador existencial Quine la defiende en «Existence and Quantification» (QUINE, 1968a) y la concepción semántica de la verdad está en «The Semantic Conception of Truth in Formalized Languages» (TARSKI, 1943) y en «The Concept of Truth in Formalized Languages» (TARSKI, 1956).

²⁰ Conviene señalar que, a diferencia de Tarski, Quine considera que las constantes individuales (los nombres propios) en el contexto de enunciados verdaderos siempre los podemos parafrasear en términos de descripciones definidas entendidas a la manera russelliana (QUINE, 1948); (RUSSELL, 1986). Así, reducimos las marcas de la ontología a la identificación de variables cuantificadas en enunciados verdaderos.

El criterio de Quine-Tarski opera lo que se podría llamar «ascenso semántico», esto es: requiere pasar del discurso sobre las cosas a la cuestión sobre qué significa afirmar que existen cosas. Un punto a favor de esta concepción sobre la existencia es que comparte con Carnap el rechazo de preguntas externas: el filósofo y el científico no tienen ningún acceso directo a la realidad a no ser a través de un lenguaje (Quine, 1948). En el marco de este lenguaje, el filósofo se interesa por el aspecto conceptual de la cuestión ontológica y en este nivel propone una conexión entre existencia y verdad. Tomemos esta concepción de la existencia como la que subyace a la perspectiva interpretativa de Quine y Davidson.

Examinemos ahora la noción de cambio. Se podría pensar que el cambio requiere cierta concepción dinámica del tiempo. McTaggart (McTaggart, 1908), por ejemplo, sostuvo que no podría haber cambio si los sucesos se ubicasen en una escala temporal como la de los acontecimientos históricos. Tomemos los mandatos de los presidentes estadounidenses: digamos, las fechas de inicio de los gobiernos de Barack Obama el 20 de enero de 2009 (S_1) y el 20 de enero de 2013 (S_2)²¹. Según McTaggart, no se puede hablar de cambio en la serie de estos acontecimientos—una secuencia estática o «serie B» como la llama—, pues S_1 y S_2 nunca modifican su ubicación temporal. Por otro lado, si los consideramos en relación con alguien que acompañó las dos tomas de posesión, ambos pueden ser descritos en términos de los predicados «futuro», «presente» y «pasado». Esta serie temporal dinámica—«la serie A» de McTaggart—es la que ejemplifica el cambio, pues sería la única donde se nota un movimiento de los sucesos respecto al observador.

La manera de evitar la concepción idealista de McTaggart sobre el cambio la encontramos ya en el Russell de los *Principles of Mathematics* (Russell, 1903): «el cambio es la diferencia, con respeto a la verdad o falsedad, entre una proposición que concierne a una entidad y el tiempo T , y una proposición que concierne esta misma entidad y el tiempo T' , a condición de que estas dos proposiciones difieran sólo por el hecho de que T ocurre en una, en tanto T' ocurre en la otra» (Russell, 1977: cap. LIV, sección 442). Dicho de otra manera: podemos perfectamente caracterizar el cambio utilizando una escala temporal estática si lo concebimos como algo que se produce sobre un objeto, no sobre un suceso²².

En la concepción de McTaggart, el cambio se produce sobre los sucesos siempre y cuando distintos predicados temporales dinámicos se aplican a ellos. Pero eso genera, como él mismo señala, una especie de regreso al infinito porque no podemos aplicar estos predicados al mismo suceso al mismo tiempo: para distinguirlos, necesitamos reutilizar la escala dinámica y es cuando el problema anterior reaparece en este segundo nivel y en todos los niveles subsecuentes. La conclusión inescapable es que no podemos tomar los sucesos mismos—cambios en el mundo—como aquello que está sujeto al cambio, dado que tendríamos que admitir

²¹ S_1 y S_2 se refieren a los dos acontecimientos.

²² Michael Dummett interpreta de manera distinta el argumento de McTaggart contra la tesis de que la serie B ya permite describir el cambio en «A Defence of McTaggart's Proof of the Unreality of Time» (DUMMETT, 1960). Según Dummett, McTaggart quiere probar que una descripción completa del mundo requiere también conceptos temporales dinámicos como los de la serie A, pese a que generan un regreso al infinito. Considero fascinante esta interpretación de Dummett; sin embargo, discutirla aquí rebasaría los límites de nuestro tema.

algo paradójico, a saber: que propiedades temporales se modifican respecto a una segunda escala temporal en movimiento respecto a una tercera también en movimiento e así sucesivamente. Esto significa que la concepción idealista del tiempo no es capaz de proporcionar una interpretación satisfactoria del cambio.

El fracaso de la estrategia de McTaggart podría sugerir el esencialismo de Kripke como una concepción tal vez viable sobre el cambio. En consonancia con la intuición de Carnap y Quine sobre el ascenso semántico, tendríamos que ubicar en los enunciados debidamente regimentados de nuestras mejores teorías los nombres propios entendidos como designadores esenciales y afirmar que sus respectivos objetos, los cuales se identifican apelando predicaciones esenciales, cambian si y solo si una predicación accidental suya cambia su valor de verdad de un momento al otro o de una situación contrafáctica posible a otra²³.

Aquí sí se nota una diferencia fundamental respecto al criterio ontológico propuesto en el marco de una semántica interpretativa de corte tarskiano: existencia e identidad requieren designadores rígidos de particulares y sus respectivos predicados esenciales. Nos alejamos de la tesis de que los objetos de un lenguaje los buscamos examinando las variables ligadas en sus enunciados cuantificados y los identificamos al conocer sus respectivas predicaciones o descripciones verdaderas²⁴. Pero, ¿por qué privilegiar nombres propios y predicados esenciales en detrimento de variables ligadas y descripciones cuando se trata de existencia e identidad?

Como muestran los argumentos de Kripke (Kripke, 1980: conferencia 2) y Putnam (Putnam, 1975) contra el descriptivismo, si la única manera de determinar la ontología de nuestras teorías es apelando a cúmulos de descripciones o predicaciones, no hay como evitar algún tipo de indeterminación. Esta es la razón por la cual el esencialista considera la identificación demostrativa como el paradigma de determinación de referencia y la asocia con el uso de designadores esenciales²⁵. Por otro lado, también reconoce que la preferencia del nombre en presencia del objeto que nombra acompaña de un gesto demostrativo no eliminan del todo la indeterminación sobre lo nombrado. Sin embargo, considera también que una definición ostensiva de un nombre—por ejemplo, un bautizo de alguien—determina en un sentido más fundamental²⁶ su contenido semántico: este objeto que señalamos públicamente al proferir su nombre está determinado en tanto es justamente un *esto* que pertenece necesariamente a cierta clase natural (Kripke, 1980: 45-46; 122; 135-136). Hay, por lo tanto, un componente irreduciblemente demostrativo en nuestros

²³ Estas tesis esencialistas de Kripke fueron interpretadas por Robert Adams como constituyendo un haecceitismo moderado (ADAMS, 1979: sección VI). La discusión sobre el haecceitismo estaría fuera de nuestros propósitos aquí; sin embargo, en la siguiente sección regresaremos brevemente al haecceitismo en conexión con el esencialismo aristotélico.

²⁴ Ahondaremos más sobre el papel de las predicaciones en la identificación de objetos en la siguiente sección.

²⁵ Pese a que su concepción de la determinación de la ontología no es esencialista, Gareth Evans discute la identificación demostrativa de manera detallada en el sexto capítulo de *The Varieties of Reference* (EVANS, 1982) para mostrar que efectivamente hay nombres propios genuinos en el sentido de John Stuart Mill: términos singulares que son meras etiquetas de sus referentes.

²⁶ Kripke diría que el sentido de la indeterminación descriptiva es el epistémico, mientras que la determinación esencial es más bien metafísica, o sea: tiene que ver con la estructura profunda de la realidad.

usos de designadores esenciales y además una especie de inseparabilidad entre sus respectivos particulares y sus propiedades identificadoras²⁷. Según Kripke, esto es lo que evitaría la indeterminación de la referencia asociada a las propuestas descriptivistas de Quine y Davidson²⁸.

Ahora bien, ya vimos que en el contexto de una semántica interpretativa de condiciones de verdad la pregunta por el sentido de la existencia tiene una respuesta bien determinada. Queda por aclarar todavía si la respuesta interpretavista a la pregunta por el sentido de la identidad y del cambio realmente evita la indeterminación ontológica señalada por el esencialista. Parece que el hecho de contestar en un mismo movimiento las cuestiones sobre la existencia y sobre la identidad le confiere a la concepción esencialista una ventaja en lo que concierne al problema del cambio. Sin embargo, queremos mostrar en la siguiente sección que no es así, apelando a la conexión entre identidad y predicación.

3. CAMBIO Y PREDICACIÓN

En *Truth and Predication* (Davidson, 2005), Davidson afirma que el antiguo problema de la unidad de la proposición no había encontrado una solución satisfactoria hasta el trabajo de Tarski sobre la verdad. ¿Cuál es el problema y cómo se relaciona con la cuestión del cambio?

Empecemos por la primera pregunta. Sea un enunciado entendido a la manera platónico-aristotélica como un compuesto de sujeto (nombre) y predicado (verbo): en los casos más simples, el primero normalmente tiene la función de indicar el objeto del discurso, el segundo la de informar algo sobre él y el enunciado como un todo decir algo verdadero o falso. La cuestión es cómo se relacionan el papel semántico del sujeto y con el del predicado para producir el contenido del enunciado. Desde Platón ya se sabía que un enunciado no podría consistir de una mera combinación de nombres; se necesita por lo menos un término que desempeñe la función del verbo para que el enunciado pueda constituir una totalidad completa²⁹.

Otra manera de plantear el problema de la unidad de la proposición sería la siguiente: ¿cómo se mesclan particulares y universales para generar, por ejemplo, el contenido proposicional de «Teeteto corre» o de «blanco no es negro»? En la concepción platónica de la predicación, el primero enunciado afirma la participación por Teeteto en la forma de la corrida y el segundo la relación de diferencia entre la forma de la blancura y la de la negrura. El problema con esta explicación ya

²⁷ Volveremos a la tesis esencialista de la inseparabilidad entre particulares y clases naturales en la siguiente sección.

²⁸ Hay que aclarar que en el descriptivismo de Quine no hay menosprecio por las identificaciones demostrativas de objetos; el punto es que no son por sí solas suficientes sin otras herramientas lingüísticas de referencia objetiva, como veremos más adelante, para determinar el objeto de nuestras intenciones referenciales (QUINE, 1950). Wittgenstein también opina algo semejante en (WITTGENSTEIN, 1953: §§ 26-38).

²⁹ La tesis de que un enunciado no puede ser una secuencia de nombres y tampoco una secuencia de verbos se discute, por ejemplo, en el *Sofista* (PLATÓN, 1961: 261d-262c). Así, «camina corre duerme» no sería un enunciado y tampoco «Teeteto Teodoro Sócrates»; por otro lado, «Teeteto corre» y «Sócrates camina» sí.

conocía el mismo Platón: la unidad del complejo resultante nos obliga a postular la existencia de un sin-número de constituyentes extras en una especie de regreso al infinito. Así, en la primera proposición apelamos a la relación de participación entre particular y universal, pero su conexión con ellos requiere de otros constituyentes y así sucesivamente de manera indefinida³⁰. Puesto en términos semánticos, el problema de la unidad de la proposición se expresa así: ¿Cómo explicar la función de cada constituyente de un enunciado de manera a dar cuenta satisfactoriamente de su contenido proposicional total?

Aristóteles logró evitar la doctrina platónica de la predicación y su tesis de la separabilidad entre universales y particulares postulando una especie de dependencia entre ellos. Según la *Metafísica*, no puede haber universales vacíos; su existencia depende de que haya particulares instanciadores³¹. Si «Teeteto corre» dice algo verdadero, la propiedad de estar corriendo se instancia en Teeteto. Esto significa que no habría dos entidades separadas—Teeteto y el universal *corre*—, sino una única entidad compleja—tal vez *Teeteto corriendo*—; una de sus partes sería la propiedad *corre*. Por otro lado, pese a que Teeteto puede perfectamente existir sin esta parte—como cuando Teeteto no corre—, ella no existiría si nada corriese.

La tesis aristotélica de sobreveniencia de los universales sobre sus particulares sortea el obstáculo del tercer hombre y también marca una diferencia entre particulares (existencias independientes) y universales (existencias dependientes). Desafortunadamente, no resuelve el problema de unidad y multiplicidad de la proposición. Esto porque la especificidad del complejo semántico asociado con «Teeteto corre» no se identifica con la de un objeto complejo cuyas partes serían, digamos, Teeteto y la forma del correr. Pues, si el enunciado fuera, como lo sostiene Aristóteles, un nombre de este objeto complejo, entonces nombraría dos entidades diferentes: una cuando fuese verdadero y otra en el caso de ser falso. Pero, la proposición expresada es la misma independiente de sí concuerda o no con la realidad.

Muy similar a la teoría aristotélica de la predicación es la que se defiende en la *Conceptografía* (Frege, 1972, 1879): a diferencia de los términos cuya función semántica es referir a un objeto (los nombres propios)³², Frege afirma que la contribución semántica del predicado es un concepto³³, de tal manera que el contenido semántico del enunciado resultante es un valor de verdad. Así, la unidad de «Teeteto

³⁰ Normalmente se le conoce como «el problema del tercer hombre» y se le considera como fatal para la concepción platónica de la predicación. Platón mismo lo reconoció en el *Parménides* (PLATÓN, 1961: 132a-133b).

³¹ La doctrina aristotélica de la dependencia o sobreveniencia de universales sobre sus particulares aparece, por ejemplo, en el primer capítulo del libro VII de la *Metafísica* (ARISTÓTELES, 2011: 1028a10-1028a36) y en el capítulo 5 de las *Categorías* (ARISTÓTELES, 1999: 2a11-2b6).

³² A esta categoría pertenecen, según Frege, no solo nombres como «Venus» y «Aristóteles», sino también descripciones como «el lucero de la mañana» y «el maestro de Alejandro Magno» y déicticos como «yo», «ella», «esto» y «aquello» (FREGE, 1892, 1918-1919).

³³ Los términos que se pueden aplicar a varios objetos Frege los denomina «expresiones conceptuales»: ésta es la categoría de los predicados como «*x* es un caballo», «*x* es un planeta» y «*x* es humano» pero también «*x* es idéntico al satélite natural de la Tierra» y «*x* es una serie que converge más lentamente». Su papel semántico es análogo al de una función matemática de números a números con la diferencia de que las funciones lingüísticas mapean más bien objetos a valores de verdad. El papel semántico de las expresiones conceptuales Frege lo interpreta como una entidad incompleta o insaturada llamada «concepto» (FREGE, 1891, 1969).

corre» se explica de la siguiente manera: en caso de ser verdadero, el concepto de correr (esta función de objetos a valores de verdad) es saturado por Teeteto y esto produce lo verdadero; en caso de ser falso, esta saturación genera más bien lo falso³⁴.

Ya conocemos la razón por la cual las teorías aristotélica y fregeana³⁵ de la predicación no pueden explicar la unidad de la proposición. Sin embargo, hay otro aspecto de la propuesta semántica específicamente de Aristóteles que es relevante para el problema del cambio. Mencionamos su tesis de la sobreveniencia de los universales sobre los particulares. Ocurre que ésta es más fuerte en el caso de los géneros y especies (las clases naturales): estos sobrevienen sobre sus particulares y también vice-versa. Aristóteles afirma que los particulares dependen de sus géneros y especies para su identidad. Esto es lo que infiero del siguiente pasaje de las *Categorías*:

Con razón, después de las substancias primeras, lo único entre las restantes cosas que se llaman substancias segundas son las especies y los géneros; pues solamente ellos, de entre los predicables, revelan la substancia primera; pues si alguien hubiese de dar cuenta de qué es el hombre individual, sería más adecuado dar la especie o el género—aunque uno sería más claro si diese hombre que si diese animal—; pero estaría fuera de lugar dar alguna de las demás cosas; por ejemplo, dar «blanco» o «corre» o cualquier otra cosa de este tipo; así pues, es razonable que solamente estas cosas de entre todas las demás se llamen substancias. (Aristóteles, 1999: 2b29-2b37)

En el libro VII de la *Metafísica*, Aristóteles dice que los seres absolutamente primordiales³⁶ son los particulares, pero la cuestión sobre qué son estas cosas—¿Quién es Teeteto?— no la podemos contestar apelando a accidentes como *corre* o *blanco*; sino más bien a sus especies y géneros: *ser humano*, *animal* o *racional*, pues éstos son los que los identifican. La ontología aristotélica tiene la forma de una pirámide en la base de la cual están los particulares (los seres humanos, caballos y árboles particulares), en el siguiente nivel sus especies—*ser humano*, *caballo* y *árbol*—; en el tercer nivel sus géneros—*animal* y *planta*— y así sucesivamente a géneros cada vez más abarcadores en los siguientes niveles.

Sobre la tesis de que los géneros y especies funcionan como criterios para la identidad de sus particulares, Aristóteles afirma que esto requiere una relación de predicación necesaria entre cada particular y su género o su especie. De otro modo, su identidad no estaría completamente determinada³⁷. Ahora bien, el fundamento

³⁴ Las entidades semánticas de la *Conceptografía* difieren de las que postula Aristóteles en tanto los conceptos fregeanos toman a objetos como argumentos a ser mapeados al verdadero o al falso como valores. De todas maneras, las dos concepciones de la predicación se asemejan en que para ambas un enunciado se concibe como nombre de un *objeto complejo*.

³⁵ Me refiero aquí únicamente a la primera semántica fregeana. No es mi objetivo aquí discutir su teoría de la predicación a partir de «Über Sinn und Bedeutung» (FREGE, 1892) o en español: «Sobre el sentido y la referencia».

³⁶ Esto es: aquellos cuya existencia no depende de nada más básico (ARISTÓTELES, 2011: caps. 1-4; ARISTÓTELES, 1999: 2a12-3b31). Respecto a su identidad, sí dependen de sus géneros y especies.

³⁷ Lo afirma más específicamente en el sexto capítulo del libro VII de la *Metafísica* (ARISTÓTELES, 2011: 1031b18-1032a2). La semejanza con lo que afirma Kripke en la primera cita de la sección 2 y en (KRIPKE, 1980: 46) corrobora la semejanza de su posición con el esencialismo aristotélico.

metafísico de esta predicación necesaria es la conexión necesaria *de re* entre cada particular y su respectiva especie y género: estos constituyen una especie de forma a partir de la cual estaría compuesto juntamente con su materia³⁸.

Veamos ahora como se relacionan la concepción aristotélica de la identidad y predicación necesaria para los particulares con su interpretación del cambio. Aristóteles habla de cambio en cuatro sentidos distintos: 1) cambio cuantitativo (aumento o disminución); 2) cambio cualitativo (alteración); 3) cambio de posición (movimiento), pero también discute un cambio más radical que sería 4) la generación o destrucción de una substancia particular³⁹. Para efectos de la presente discusión, podemos dejar de lado el cambio substancial, en donde un mayor esfuerzo intelectual se requiere para dar cuenta de aquello que permanece en el proceso de cambio. Concedamos, pues, que el cambio presupone siempre un sujeto (un objeto particular) que permanece el mismo en el proceso y, sin embargo, se modifica. Sobre esto, nos dice el capítulo 5 de las *Categorías*:

La substancia, siendo numéricamente una y la misma, es susceptible de recibir los contrarios. Por ejemplo, el hombre individual, que numéricamente es uno y el mismo, resulta ser blanco unas veces, negro otras, caliente y frío, honesto y depravado. (...) por lo que a las substancias respecta, son susceptibles de recibir contrarios: los reciben cambiando ellas mismas; pues lo que se ha vuelto frío a partir de lo que estaba caliente, negro a partir de lo blanco, y honesto a partir de lo depravado, ha cambiado (pues, en efecto, se ha alterado); del mismo modo (sucede) en las demás cosas: al experimentar ellas mismas un cambio se vuelven susceptibles de recibir los contrarios. (Aristóteles, 1999: 4a17-4a34)

En la cita se mencionan ejemplos de cambios cualitativos o alteraciones, pero el mismo patrón sirve para caracterizar el cambio cuantitativo y el movimiento, a saber: un sujeto particular cambia siempre y cuando alguna predicación accidental es verdadera de él un momento antes pero ya no un momento después. En el proceso, la substancia particular permanece idéntica a sí misma—este objeto identificado en parte a través de tales y cuales predicaciones esenciales y en parte por esta *haecceitas* particular⁴⁰—pero también es distinta de sí misma en tanto algún predicado accidental se aplica a ella en *t* mientras que en *t'* ya no.

Respecto a esta caracterización del cambio, no hay desacuerdo, me parece, entre el esencialismo contemporáneo y el antiguo. El desacuerdo tendría que ver con la cuestión de cómo se determinan las predicaciones esenciales. Esto porque Aristóteles piensa que constituyen un ideal de conocimiento científico verdadero⁴¹, mientras que Kripke propone más bien que nuestra mejor ciencia las captura: por ejemplo, la química nos revela la esencia de agua y del oro; la física estadística nos

³⁸ El hilemorfismo aristotélico aparece, por ejemplo, en el tercer capítulo del libro VII de la *Metafísica* (ARISTÓTELES, 2011).

³⁹ Esto está en el séptimo capítulo del libro VII y en primer capítulo del libro VIII de la *Metafísica* (ARISTÓTELES, 2011: 1032a12-15; 1042a32-1042b7).

⁴⁰ El término «haecceitas» lo debemos a la filosofía medieval; normalmente se le atribuye a Duns Scotus. *Grosso modo*, una *haecceitas* sería una propiedad que se aplica únicamente a un individuo particular: podríamos expresarla a través de la fórmula «*x = a*», donde «*a*» es un nombre-etiqueta para individuos.

⁴¹ Evidencia de esto la encuentro, por ejemplo, en el segundo capítulo del libro VI y en sexto capítulo del libro VII de la *Metafísica* (ARISTÓTELES, 2011).

dice qué es realmente el calor; el electromagnetismo nos muestra cuál es la verdadera substancia de la luz (Kripke, 1980: conferencia 3).

Pasemos ahora al cambio en el contexto del marco anti-esencialista de Quine y Davidson. En la situación en la que se encuentra el explorador, hay que elaborar una semántica tarskiana interpretativa para el idioma desconocido (I_E) e identificar su ontología. Para que pueda propiciar la comunicación, tal semántica debe coincidir con la que usan los hablantes nativos⁴². Al examinar la semántica exitosa, el intérprete debe identificar las variables ligadas que surjan de la regimentación de sus enunciados. Pero ¿qué papel realmente juega la predicación en la identificación los objetos que constituyen el rango de valores de estas variables?

Considérese seis enunciados del lenguaje desconocido (e_1 - e_6) que, según una semántica interpretativa, tendrían las mismas condiciones de verdad que (7)-(12):

- (7) hay conejo aquí.
- (8) hay conejo allá.
- (9) este conejo aquí es el mismo que aquél conejo allá.
- (10) este conejo hoy es distinto de aquél conejo ayer.
- (11) esto es conejo.
- (12) aquello es conejo.

Quine afirma (Quine, 1960: cap. 3) que el aparato identificador de idiomas como el Inglés y el Español incluye una estructura compleja de cuantificadores, constantes lógicas e identidad, predicados atributivos y relacionales, demostrativos, indexicales de tiempo y lugar, términos generales clasificadores⁴³, etc. Fijémonos por el momento en la estructura individualizadora que se despliega en (7)-(12): tenemos ahí predicados clasificadores como «conejo», demostrativos («esto» y «aquello»), adverbios («hoy» y «ayer», «aquí» y «allá»), el existencial («hay»), la identidad y su negación («es el mismo que» y «es distinto de»).

Según Quine, los predicados clasificadores («conejo», «manzana», «árbol», «río», «persona», etc.) son indispensables para la identificación, diferenciación y re-identificación de objetos; en contrapartida, términos generales como «blanco», «rojo», «redondo» y «es mayor que» no tienen un papel tan preponderante en su identificación. En el anti-esencialismo de Quine los predicados clasificadores funcionan más o menos como las predicaciones esenciales de Kripke.

Veamos cómo se caracteriza el cambio en el marco interpretativo. Digamos que el explorador ya es capaz de identificar los objetos del idioma desconocido. Según él, habría cambio cuando preferencias de algún enunciado de predicación no-clasificadora sobre un objeto, identificado en parte debido a predicaciones clasificadoras, difiriesen en valor de verdad en ocasiones distintas. Por ejemplo, «este conejo

⁴² Las dos semánticas pueden divergir antes de la situación de comunicación, pero deben convergir durante el intercambio comunicativo. Davidson discute las divergencias y convergencias tolerables entre las dos semánticas en (DAVIDSON, 1986b, 1992).

⁴³ El término en inglés que utiliza Locke es «sortal name» (LOCKE, 1960: libro III, cap. 3, § 15). Quine los denomina «términos de referencia dividida». La competencia en el uso de estos predicados requiere saber cómo tiene que ser un objeto para satisfacer un término de referencia dividida. Estos términos contienen los criterios de identidad para los objetos que pertenecen a sus extensiones (QUINE, 1960: cap. 3, § 19).

se mueve» proferido en t_1 (verdadero) y en t_2 (falso). Identidad y cambio requieren además el aparato referencial implícito en enunciados como (7)-(12).

¿Cómo elegir entre estas dos maneras tan distintas de entender el cambio? La discrepancia tiene como substrato concepciones muy diversas de la predicación. Exploremos la conexión entre cambio y predicación para evaluar cuál de las dos resuelve o elimina el enigma representado por la unidad y multiplicidad de la proposición.

Consideremos (11) y (12) más una vez. Ambos tienen la forma sujeto-predicado: usos de «esto» y «aquello» contribuyen para sus condiciones de verdad al ubicar a un objeto del entorno inmediato del oyente y dirigir su atención hacia él; a su vez, «es conejo» se aplica al objeto señalado, si hablante y oyente lo clasifican como conejo. Pero, ¿cómo sabe el oyente que su interlocutor señala un objeto? Más específicamente: ¿qué le indicaría que «conejo» es un predicado de objetos? Ya sabemos que Quine toma el aparato referencial de un idioma como indispensable para la identificación de objetos⁴⁴. Si el intérprete conoce los contenidos semánticos de (11) y (12) pero no también los de (7)-(10) y de muchos otros—si no conociera una teoría semántica interpretativa para I_E —no tendría como afirmar que habla de objetos. La identificación de un conejo requiere distinguirlo de otros conejos y de lo que no es conejo: cuando decimos correctamente que hay conejos, aplicamos «conejo» a cosas con ciertas propiedades normalmente compartidas por los conejos. Determinado conjunto más o menos abierto de características centrales para la conejidad (ser un roedor, tener orejas largas, tener cola corta, tener 2 dientes largos salidos, etc.) nos sirven para reconocer conejos. Tal vez se pueda expresarlo de la siguiente manera:

(13) los conejos son roedores con orejas largas, colas cortas, 2 dientes salidos, etc.

En el lenguaje cotidiano, criterios de identidad (por ejemplo, (13)), asociados a los términos clasificadores (como «conejo»), son parte fundamental del esquema conceptual que se utiliza para la comunicación sobre objetos (en el caso en cuestión, sobre conejos).

La concepción de Kripke estima, a su vez, que enunciados de identificación esencial verdaderos como (4), (5), (11) y (12) expresan conexiones metafísicas entre objetos y sus clases naturales. Si sustituimos el demostrativo por un nombre propio como en (3), tendremos otro caso de identificación esencial. Como ya lo mencionamos, todos ellos expresan la inseparabilidad metafísica entre individuos particulares y sus respectivas clases, no obstante el que aparentan ser enunciados de la forma « $CN(a)$ », donde « a » es una constante individual y « $CN(x)$ » un predicado clasificador de individuos. Los enunciados de identidad verdaderos con nombres propios distintos como (1) o con demostrativos distintos como (9) y (10) también expresan conexiones metafísicas entre objetos y propiedades esenciales: en estos casos, la relación de auto-identidad. Eso pese a que lo más natural sería analizar

⁴⁴ Lo sostiene en varios de sus textos: además del ya mencionado capítulo 3 de *Word and Object*, también en (QUINE, 1950, 1957-1958).

su forma como « $a = b$ », donde « a » y « b » son dos constantes individuales distintas⁴⁵. Los enunciados que Kripke llama «identificaciones teóricas» (Kripke, 1980: 116) como (2) y:

- (14) los conejos son mamíferos lagomorfos de la familia leporidae, del género *oryctolagus* y de la especie *cuniculus*.
- (15) el oro es el elemento químico con número atómico 72.

expresan auto-identidades necesarias para clases naturales. Aristóteles los interpreta de manera semejante: según él, serían enunciados que definen en un sentido metafísico⁴⁶ estas clases naturales. Aquí también hubiera sido más natural concebirlas como equivalencias analíticas entre clasificadores y los predicados que los definen.

Esta manera tan *sui generis* de interpretar estos 3 tipos de enunciados—identidades verdaderas con nombres distintos, predicaciones de clase natural y definiciones de clase natural—fuerza al esencialista contemporáneo a admitir un misterio profundo sobre la multiplicidad y unidad de las proposiciones que expresan. Esto porque, como Aristóteles, tendría que apelar a algún tipo de inseparabilidad entre objetos particulares y sus propiedades esenciales para explicarla. Pero, a diferencia del autor de la *Metafísica*, también afirmar que tal inseparabilidad se refleja de manera cristalina y definitiva en los enunciados de predicación esencial de nuestra mejor ciencia. Es así como la comprensión esencialista contemporánea sobre estas predicaciones adquiere una dimensión inicialmente ajena a cualquier idioma de comunicación pero fundamentalmente depende de las predicaciones clasificadoras del lenguaje científico más probablemente verdadero. Está claro que esta ruta, así como la del esencialismo antiguo, inviabiliza cualquier explicación de la unidad y multiplicidad semántica de estos enunciados, pues tal multiplicidad el esencialista la asemeja a un tipo de complejidad distinta, a saber: a la de un objeto compuesto de entidades particulares y universales. Esto, a su vez, hace que nos quedemos sin entender cómo dichos constituyentes se articulan para formar la proposición resultante en el sentido de que las contribuciones semánticas de sus partes sirvan para dar cuenta de la unidad de su contenido semántico total.

Comparémosla con la explicación interpretativista de Quine y Davidson de las proposiciones asociadas a (7)-(12). Supongamos que una semántica interpretativa ya nos reveló su forma lógica y la contribución semántica de todas sus expresiones sub-oracionales relevantes. En este caso, usando la máquina semántica tarskiana, podemos deducir los teoremas de verdad (y, por lo tanto, su significado literal de estos enunciados) a partir de los axiomas semánticos asociados con sus expresiones constituyentes. Tal unidad semántica se construye para cada enunciado gramatical del idioma como un complejo de partes semánticas (axiomas de referencia para nombres, de satisfacción para predicados, de operaciones sobre condiciones de verdad para las constantes lógicas, de operadores sobre funciones proposicionales para los cuantificadores, etc.) que contribuyen para generar sus respectivas condiciones de verdad.

⁴⁵ Como lo hace Frege tanto en la *Conceptografía* como en su semántica posterior a partir de «Sobre el sentido y la referencia».

⁴⁶ El punto del *caveat* es que estas definiciones no son meramente lingüísticas.

La lección a extraer de este ejercicio es que el esfuerzo esencialista para resolver el problema filosófico del cambio finalmente se revela infructífero, pues su prejuicio contra la capacidad del lenguaje cotidiano para identificar su ontología lo lleva a buscar esta determinación en una obscura inseparabilidad entre entidades (objetos y esencias cualitativas, objetos y auto-identidades, clases naturales y auto-identidades) que de algún modo se harían transparentes en el lenguaje cristalino de la buena ciencia. Más una vez, hay que recordarle que las preguntas filosóficas sobre existencia, identidad y cambio siempre requieren un marco lingüístico para ser planteadas; si no, como lo señaló acertadamente Carnap, pierden todo sentido. Pero no cualquier interpretación de tal lenguaje nos servirá para plantear y contestar la cuestión del sentido de la existencia, identidad y cambio. Como bien nos recordaron Quine y Davidson, únicamente una comprensión de este idioma que se obtenga a partir del esfuerzo comunicativo exitoso ofrece respuestas adecuadas a estos enigmas metafísicos.

CONCLUSIÓN

La discusión de la postura esencialista respecto al problema del cambio nos ha llevado a la cuestión de la existencia, la identidad y la predicación. Estas tres preguntas nos obligan a ascender al nivel del lenguaje: único dominio en donde adquieren un sentido. No debemos pensar, sin embargo, que tal sentido lo capta el filósofo que maneje un lenguaje más fundamental de designadores rígidos, predicados esenciales y auto-identidades. Esto porque la metafísica esencialista para tal idioma falla en conciliar la unidad con la multiplicidad semánticas de sus enunciados. Ahora bien, si renunciamos a la ilusión del idioma filosófico fundamental, la cuestión del significado de «existencia», «identidad» y «cambio» se plantea adecuadamente en el contexto de una semántica tarskiana interpretativa para un idioma de comunicación. Es justamente en el entramado de dicha teoría semántica donde encontramos una solución satisfactoria para estas cuestiones: ahí es donde se ubica la concepción tarskiana de la existencia y la predicación, así como la noción quineana de predicación clasificadora.

BIBLIOGRAFÍA

- Adams, R. (1979). «Primitive Thisness and Primitive Identity». *The Journal of Philosophy*, 76(1), 5-26.
- Aristóteles. (1924). *Aristotle's Metaphysics*. Oxford: Oxford University Press.
- Aristóteles. (1963). *Aristotle Categories and De Interpretatione* (J. L. Ackrill, Trans.). Oxford: Oxford University Press.
- Aristóteles. (1982). *Tratados de lógica (Órganon)* (Vol. I). Madrid: Editorial Gredos.
- Aristóteles. (1999). *Categorías, De Interpretatione, Isagoge*: Tecnos.
- Aristóteles. (2011). *Protréptico Metafísica*. Madrid: Gredos.
- Carnap, R. (1928). *Scheinprobleme in der Philosophie*. Frankfurt: Suhrkamp.
- Carnap, R. (1950). «Empiricism, Semantics and Ontology». *Revue Internationale de Philosophie*, 4, 20-40.

- Davidson, D. (1967). «Truth and Meaning». *Synthese*, 17, 304-323.
- Davidson, D. (1970). «Semantics for Natural Languages». En *Linguaggi nella Società e nella Tecnica*. Milan: Edizioni di Comunità.
- Davidson, D. (1973a). «In Defence of Convention T». En H. Leblanc (Ed.), *Truth, Syntax and Modality*. Amsterdam: North Holland Publishing Co.
- Davidson, D. (1973b). «Radical Interpretation». *Dialectica*, 27, 313-328.
- Davidson, D. (1974). «Belief and the Basis of Meaning». *Synthese*, 27, 309-323.
- Davidson, D. (1979). «The Inscrutability of Reference». *The Southwestern Journal of Philosophy* 10, 7-19.
- Davidson, D. (1982). «Rational Animals». *Dialectica*, 36, 317-327.
- Davidson, D. (1986a). «A Coherence Theory of Truth and Knowledge». En E. Lepore (Ed.), *Truth and Interpretation. Perspectives on the Philosophy of Donald Davidson*. Oxford: Blackwell.
- Davidson, D. (1986b). «A Nice Derangement of Epitaphs». En R. G. R. Warner (Ed.), *Philosophical Grounds of Rationality*. Oxford: Oxford University Press.
- Davidson, D. (1989). «What is Present to the Mind». En *The Mind of Donald Davidson*. Amsterdam: Rodopi.
- Davidson, D. (1992). «The Second Person». En P. A. French & H. Wettstein (Eds.), *Midwest Studies in Philosophy* (Vol. 17). Indianapolis: University of Notre Dame Press.
- Davidson, D. (1997). «Indeterminism and Antirealism». En K. C. B (Ed.), *Realism/Antirealism and Epistemology*. Lanham: Rowman & Littlefield.
- Davidson, D. (1999). «The Emergence of Thought». *Erkenntnis*, 51, 7-17.
- Davidson, D. (2005). *Truth and Predication*. Cambridge: Harvard University Press.
- Dummett, M. (1960). «A Defence of McTaggart's Proof of the Unreality of Time». *The Philosophical Review*, 69(4), 497-504.
- Evans, G. (1982). *The Varieties of Reference* (J. McDowell Ed.). Oxford: Oxford University Press.
- Frege, G. (1879). *Begriffsschrift, eine der arithmetischen nachgebildete Formelsprache des reinen Denkens*. Halle: Verlag von Louis Nebert.
- Frege, G. (1891). *Funktion und Begriff*. Jena: Hermann Pohle.
- Frege, G. (1892). «Über Sinn und Bedeutung». *Zeitschrift für Philosophie und philosophische Kritik*, 100, 25-50.
- Frege, G. (1918-19). «Der Gedanke». *Beiträge zur Philosophie des deutschen Idealismus*, I, 58-77.
- Frege, G. (1969). «Ausführungen über Sinn und Bedeutung». En *Nachgelassene Schriften*. Hamburg: Felix Meiner.
- Frege, G. (1972). *Conceptografía, los fundamentos de la aritmética y otros estudios filosóficos*. México: IIF – UNAM.
- García-Carpintero, M. (1996). *Las palabras, las ideas y las cosas*. Barcelona: Editorial Ariel, S.A.
- Kripke, S. (1971). «Identity and Necessity». En M. K. Munitz (Ed.), *Identity and Individuation*. New York: New York University Press.
- Kripke, S. (1980). *Naming and Necessity*. Cambridge: Harvard University Press.
- Kripke, S. (2005). *El nombrar y la necesidad*. México: IIF - UNAM
- Locke, J. (1690). *An Essay Concerning Humane Understanding*. Londres: Thomas Bassett.
- McTaggart, J. (1908). «The Unreality of Time». *Mind*, 17, 457-473.
- Pérez-Otero, M. (2006). *Esbozo de la filosofía de Kripke*. Barcelona: Montesinos.
- Platón. (1961). *The Collected Dialogues of Plato*. Princeton: Princeton University Press.
- Putnam, H. (1975). «The Meaning of "Meaning"». En K. Gunderson (Ed.), *Language, Mind and Knowledge* (Minnesota Studies in the Philosophy of Science, vol. 7). Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Quine, W. v. (1948). «On What There Is». *The Review of Metaphysics*, 2(5), 21-38.

- Quine, W. v. (1950). «Identity, Ostension and Hypostasis». *Journal of Philosophy*, 47(22), 621-633.
- Quine, W. v. (1951). «Two Dogmas of Empiricism». *Philosophical Review*, 60(1), 20-43.
- Quine, W. v. (1957-1958). «Speaking of Objects». *Proceedings and Addresses of the American Philosophical Association*, 31, 5-22.
- Quine, W. v. (1960). *Word and Object*. Cambridge: The MIT Press.
- Quine, W. v. (1968a). «Existence and Quantification». En *Ontological Relativity and Other Essays*. New York: Columbia University Press.
- Quine, W. v. (1968b). «Ontological Relativity». En *Ontological Relativity and other Essays*. New York: Columbia University Press.
- Quine, W. v. (1986). *La relatividad ontológica y otros ensayos*. Madrid: Tecnos.
- Russell, B. (1903). *The Principles of Mathematics*. London: George Allen & Unwin.
- Russell, B. (1977). *Los principios de la matemática*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Russell, B. (1986). «Knowledge by Acquaintance and Knowledge by Description». In *Mysticism and Logic*. London: Unwin Paperbacks.
- Soames, S. (2002). *Beyond Rigidity. The Unfinished Semantic Agenda of Naming and Necessity*. Oxford: Oxford University Press.
- Soames, S. (2003). *Philosophical Analysis in the Twentieth Century: The Age of Meaning* (Vol. 2). Princeton: Princeton University Press.
- Tarski, A. (1943). «The Semantic Conception of Truth and the Foundations of Semantics». *Philosophy and Phenomenological Research*, 4(3), 341-376.
- Tarski, A. (1956). «The Concept of Truth in Formalized Languages» (E. t. f. P. o. 1933, Trans.). En *Logic, Semantics and Metamathematics*. Oxford: Oxford University Press.
- Wittgenstein, L. (1953). *Philosophical Investigations*. Oxford: Basil Blackwell.

Universidad Autónoma Metropolitana – Unidad Iztapalapa
 Departamento de Filosofía
 Ciudad de México
 smota@izt.uam.mx
 orcid.org/0000-0003-4165-6383

SILVIO MOTA PINTO

[Artículo aprobado para publicación en febrero de 2021]